## Otra versión de ti Inés Martín Rodrigo





Otra versión de ti

Inés Martín Rodrigo

Ediciones Destino Colección Áncora y Delfín Volumen 1688 © Inés Martín Rodrigo, 2025 Autora representada por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2025 Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A. Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) www.planetadelibros.com www.edestino.es

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir las citas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado. Cualquier error u omisión accidental se corregirá en posteriores ediciones.

Primera edición: marzo de 2025 ISBN: 978-84-233-6715-3 Depósito legal: B. 2.419-2025 Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47 $\cdot$ 

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

El 21 de junio de 1997 fue sábado. Es fácil de comprobar. Yo acabo de hacerlo. Basta con mirar cualquier almanaque. Está incluso en internet. Sin embargo, en el calendario de la agenda de tu madre de aquel año, esa fecha, la de su muerte, aparece marcada como lunes. El día que te percataste de ello, el frágil orden mental que en los últimos meses habías ido procurándote para protegerte comenzó a desmoronarse y, con él, también tú. Pero yo no me di cuenta entonces. Es ahora, debido a tu ausencia, cuando estoy empezando a ser consciente. De todo. Aquel era un dato irrelevante y, además, falaz. Tú sabías que era un error. Aunque el estado de ansiedad, medio paranoico, en el que llevabas tiempo instalada te llevó a confrontar los recuerdos asociados al fallecimiento de tu madre con los supuestos hechos. Y esa presunta falta de concordancia te desequilibró, un poco más. No estoy diciendo que eso provocara tu marcha. Sucedió mucho antes de que te fueras. Desconozco el motivo de tu desaparición. Han pasado ya nueve días y sigo sin entenderlo. Ninguna explicación me alivia, todas me angustian. Elucubrar

únicamente me servirá para ahondar en el desconcierto. Intento mantener la calma, recurrir a la frialdad, que enmascara y pervierte el dolor, lo camufla sin anestesiarte. Pero fracaso cada vez que lo hago, y pierdo el control, hasta de mi propio cuerpo. Mis extremidades te añoran, Candela, tocarte, sentirte, escucharte. La certeza de no saber es insoportable.

Rememoro, incesantemente, lo que ocurrió durante los meses previos a que decidieras irte de casa. Busco respuestas en tus actos, tus comportamientos, tus silencios. No parabas de escuchar los testimonios que habías ido recopilando. Te colocabas los cascos y dejabas que las voces de quienes conocieron a tu madre te hablaran. Tenía la sensación de que solo les prestabas atención a ellos. Me sentía ignorada, al margen de esa vida tuya en la que yo no pintaba nada. Familiares, amigos, compañeros de trabajo, todos aseguraban que fue sábado, el 21 de junio de 1997. Y, aun así, la fecha de esa agenda hizo que te cuestionaras la historia que te habías empeñado en construir.

Estabas empezando a olvidarte de tu madre. Cada vez te costaba más recordarla, su cara, su voz, sus manos, sus gestos, sus gustos, su carácter. Querías saber quién y cómo fue, y decidiste escribir un libro sobre ella para retenerla en tu memoria. Ya te había visto así antes, tan empecinada en contar, en descubrir y averiguar para poder hacerlo. Afrontas cada proyecto de ese modo. Desde que te conozco, siendo ya una autora convencida de serlo, pese a tus complejos, a tus miedos e inseguridades, te vuelcas en la escritura. Disciplina, sacrificio y entrega. Eso es para ti. Llegas a aislarte en ese mundo. Siempre quisiste ser novelis-

ta. Suena a frase hecha, pero es la verdad. No te imagino de otra manera. Carente de apoyos familiares, de los pilares que a todos nos sostienen, las palabras son tu asidero a la realidad. Y, con ellas, buscabas trazar un retrato fiel, lo menos contaminado posible, de tu madre para fijar su recuerdo. Decidiste convertirla en literatura. De ahí que, casi treinta años después de su muerte, te lanzaras a hablar con algunas de las personas que formaron parte de su vida. Pretendías remover su retentiva, y así reactivar la tuya. Pero, según fuiste documentándote y profundizando, charlando con expertos en neurociencia, en psicología, hasta en criminología, descubriste que siempre que recordamos mentimos. Me he dado cuenta de que la memoria únicamente es una fuente útil como herramienta literaria, es solo un poderoso motor creativo, me dijiste. Entraste en un laberinto del que no has podido salir. Tal vez por eso te has marchado.

El día que encontraste el error en la agenda de tu madre era martes. *Me acuerdo*. Como el libro de Joe Brainard. Es de tus preferidos. Te encanta regalarlo. En todos tus cuadernos tienes anotada, al menos, una cita de él.

Me acuerdo de que la vida era tan seria entonces como lo es ahora.

Es una de mis favoritas, aunque hay muchas más.

Me acuerdo de fantasear con vivir en el pasado y de tener la ventaja (y en ocasiones la desventaja) de saber lo que iba a pasar antes de que pasara. Algo parecido, justo eso, te sucedió a ti, Candela. Aquel día era 16 de enero. Lo apunté en la agenda que compramos en la librería Strand durante nuestro último viaje a Nueva York. Espera, ahora que lo pienso no fue en Strand. Fue en el Barnes & Noble de la Quinta Avenida. A mí me da igual equivocarme en un dato como ese. Pero a ti no. Tú buscas la precisión en todo lo que haces. La perfección también. Nunca has llegado a entender que es una aspiración imposible e inútil. Somos imperfectas. Las dos. Todos. Y puedes cometer errores. No quiero soltarte una perorata. Solo me gustaría que te dieras cuenta de que estás, todavía, a tiempo de equivocarte. Vuelve a casa y permítete fallar.

Teníamos, aquel martes 16 de enero, entradas para ir al teatro, a las Naves del Español, en Matadero. Íbamos a ver *Nuestros actos ocultos*. Sí, vale, me apetece, Carmen Machi siempre está bien, me dijiste cuando te pregunté por WhatsApp, nuestra principal vía de comunicación entonces, si querías ir, pues tenía invitaciones. La obra se centraba, lo supiste luego, en la turbulenta relación de una madre con su hija. Busco el argumento en internet:

Azucena no termina de aceptar su temprana enfermedad, pero esto no le impide acudir junto a Patri (un fiel acompañante) a la llamada de su hija Elena, responsable de un trágico acontecimiento, para huir en un viejo auto por las carreteras perdidas del país. Lo que comenzó como una huida desesperada, con las horas se trasforma en un encuentro profundo entre personas que se necesitan, pero no se conocen. Y que los llevará a hacer cosas inesperadas.

Maternidad, enfermedad y muerte. Tu particular Triángulo de las Bermudas.

Unos meses antes habíamos ido a ver otra obra, *El corazón del daño*. Está basada en el libro que María Negroni escribió tras la muerte de su madre, que era una mujer complicada, con mucho carácter, estricta, no se llevaban bien, me explicaste. No lo hiciste para convencerme. Sabías que iría contigo donde fuera. Tú nunca subrayas los libros, los marcas. Doblas la esquina superior de la página donde está el párrafo que te ha gustado. A veces, cuando no estás en casa, cojo el que estás leyendo y te busco, tu rastro en las hojas. Abro, ahora, el de María Negroni por las señales que dejaste en él tras su lectura y elijo las frases en las que, intuyo, te fijaste:

No pensé que, en los años, me tocaría cuidarte. Que empezarías a doblarte, caerte, volverte diminuta. Quién sabe, me decía, a lo mejor eso es bueno, me permite tenerte menos miedo.

La escritura no consuela, no compensa de nada, apenas cuesta cada vez más. Lo daría todo por el don de las lágrimas. Nunca te mataré lo suficiente, Madre. Nunca estarás debidamente muerta. Ni siquiera en el tamaño de mi edad.

La madre. Tu madre. Siempre tu madre.

Claro que querías ir a ver esa obra, y también la de Carmen Machi. Estabas ya, en ese momento, por

culpa del libro que te habías propuesto escribir, obsesionada. ¿Puedo usar esa palabra, participio del verbo obsesionar, sinónimo de reconcomer, consumir, afligir, temar, conflictuar? ¿Es la adecuada, Candela? Tú y las palabras. Tú y tus palabras. Asidero y subterfugio. Me enervas, en su tercera acepción en el Diccionario, «poner nervioso». No, ese no es el término correcto. Me haces sentir insegura. Sí, es inseguridad lo que experimento cuando me corriges. Me tensiona, a veces hasta la desesperación, no saber qué palabras son las idóneas para que me comprendas, para que entiendas lo que intento decirte. Por eso me extrañó tanto que me pidieras un texto sobre tu madre para tu maldito libro. Maldito, «condenado y castigado por la justicia divina». Es una expresión fuerte, lo sé. Hiriente. Pero me niego a retirarla. Es lo que siento. Lo maldigo, como maldigo el día en el que te animé a escribirlo. Es un reto enorme y no va a ser nada fácil, pero me parece una gran idea, un paso más, te dije. Fui una ilusa. Ingenua, también. Es increíble que confiara en ti. ¿Qué has hecho, Candela, qué nos has hecho? ¿Cómo has podido marcharte, dejarme?

Amor, no me va a dar tiempo a ir a la obra, ve tú y disfrútala.

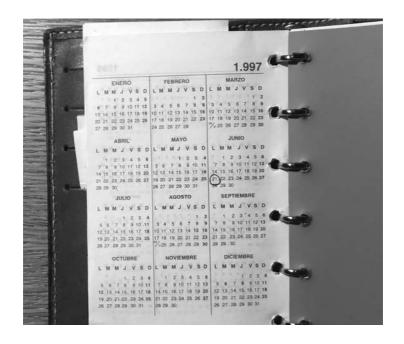
Un mensaje tuyo. Escrito, como siempre, sin erratas y con la puntuación adecuada, con su coma y su punto en su sitio. Me llegó a media tarde de aquel martes 16 de enero. Yo aún estaba en el trabajo. Te llamé para ver qué pasaba, pero el móvil no daba se-

ñal. Me lo habías mandado y habías vuelto a poner el teléfono en modo avión. Lo hacías cuando trabajabas en el libro. ¿Te das cuenta de que no he usado el verbo escribir? Trabajar, estoy trabajando en el libro. Todavía no me he puesto a escribir. Qué manía tenéis con preguntar si he empezado ya a escribir, qué pesaditas os ponéis, me decías, incluyendo en ese plural real, no mayestático, a Belén, tu Belén, la persona que daba sentido a tu vida hasta que yo llegué a ella. Hoy no hemos hablado, no tengo fuerzas. A veces pienso que las dos, en tu ausencia, nos hacemos más daño que bien, algo que, por otro lado, siempre ha sido así. Pero tú nos balanceabas para luego equilibrarnos. ¿Lo seguirás haciendo? Dime que sí...

Aquella tarde, al recibir tu mensaje, no me preocupé y tampoco fui a ver la obra de Carmen Machi. ¿Qué sentido tenía ir sola? Ninguno. El mismo que ahora tiene mi vida sin ti. Mi vida sin mí es una de las películas con las que más he llorado, empecé en el cine, seguí cuando salí y no paré hasta que llegué a casa; te gusta contar esa anécdota de la primera vez que viste la película de Isabel Coixet. No la hemos visto juntas. Siempre que me lo has propuesto, he buscado alguna excusa. No es que no quiera verla, es que no quiero verte sufrir mientras la ves. Vaya trabalenguas me he armado. A la protagonista, madre de dos niñas pequeñas y con un marido poco ducho en su papel, le diagnostican un cáncer terminal. Demasiados paralelismos con tu propia vida. En cambio, sí he escuchado contigo una de las canciones de la banda sonora, Senza fine. La busco en YouTube y dejo que suene hasta el final.

Es lo que siento ahora, mientras la tarareo, muy distinto a lo que experimenté aquel martes 16 de enero cuando entré en casa y estaba sonando de fondo, en la oscuridad en la que te gusta refugiarte para escribir. La candidez del momento me causó entonces una cierta, infantil, alegría. Hoy, al escucharla, mi tristeza es infinita. ¿Por qué te has ido, Candela? No lo entiendo, no puedo entenderlo. Necesito saber que vas a volver.

Me acuerdo, sí, recuerdo que aquella tarde esperé en el pasillo de casa a que terminara el tema de Gino Paoli. Tú me habías oído entrar, habías oído la puerta, pero no dijiste nada. Sueles hacerlo. Te quedas en silencio, sumida en tu rutina de escritura, encerrada en ella, hasta que soy yo la que se acerca a ti y te saluda. Lo hiciste también ese día. Hola, amor, te dije. Y al contestarme se te quebró la voz. ¿Qué pasa?, pregunté, ¿ha pasado algo? No coincide, la fecha de su muerte no coincide, respondiste, y me mostraste la agenda de piel marrón. Era la primera vez que me la enseñabas. Yo ni siquiera sabía que pertenecía a tu madre. Pensé, cuando la vi en tu mesa, junto a tus cosas, que sería de tu padre, supuse que Paloma te la habría dado después de su fallecimiento. La abrí y leí. Escrito todo con una letra redonda y clara, muy parecida a la tuya, su nombre, su dirección, su teléfono particular y el de su oficina, su documento de identidad y su número de afiliación a la Seguridad Social. Pasa las páginas, me dijiste, fijate en el calendario de 1997. Hice lo que me pediste y ahí estaba, el 21 de junio, lunes, marcado con un círculo.



Sabía, porque me lo habías contado, que tu madre murió un sábado. No es algo de lo que me guste hablar, ni contigo ni con nadie. No me siento cómoda recreándome en un pasado, tuyo, mío, que es irremediable y muy doloroso, del que nada, salvo sufrimiento, se puede sacar. Ni siquiera he ido al cementerio a ver a mi padre desde que lo enterramos, y dentro de nada hará tres años. A mi madre le pasa lo mismo. Solamente ha ido alguna vez con mi hermano para no dejarle solo, dice. Pero tú vuelves a esa fecha, a la de la muerte de tu madre, continuamente.

De aquel día, del 21 de junio de 1997, recuerdas poco, y no sabes si esa memoria está alterada por el paso del tiempo y por los sentimientos que te provoca. Cuando te dieron la noticia estabas en casa de tu tía Amelia, en el pueblo. Después de comer, te tum-

baste en el sofá, aunque no tienes claro si te quedaste dormida. Tampoco te acuerdas de quién te lo dijo. Luego, al poco rato, te fuiste sola a casa de tus abuelos y, allí, tu abuelo Fidel se derrumbó en tus brazos. Tenías catorce años y asumiste el sufrimiento de todos mientras el tuyo te estaba carcomiendo. Ese es el recuerdo que yo he construido apoyándome en tu propio relato, en todas las ocasiones en las que, sin cambiar ni un ápice de la historia, me lo has narrado. Es, por lo tanto, mi memoria filtrada a través de la tuya. ¿Acaso es eso ficción? He tardado casi una década en darme cuenta. La muerte de tu madre es como un agujero negro que te absorbe irremediablemente. Y yo no puedo hacer nada para evitarlo. Belén tampoco. Creo que ella es consciente y por eso temía que el libro se convirtiera en una fuerza centrípeta que te atrajera, todavía más, hacia esa negritud. ¿Debí hacerle caso? ¿Debí impedirte que lo escribieras? Qué importa, es tarde ya.

Es un error, nada más, te dije al devolverte la agenda de tu madre. Aunque yo misma estaba sorprendida. ¿Cómo no se dio cuenta ella?, ¿cómo no reparó en que el calendario estaba mal? Antes de planteártelo, caí en la terrible paradoja: murió en junio de ese año, solo pudo consultarla seis meses y estaba enferma, apenas tuvo tiempo de abrirla, casi no la usó. Opté por quitarle importancia a algo que, realmente, no la tenía, eso pensaba yo. Pero estabas obcecada. Nunca has creído en las señales, eres la persona más racional que conozco, y aun así viste en aquella errata una advertencia. ¿Y si me estoy equivocando al querer escribir este libro?, me planteaste.

A ver, no digas tonterías, anda, deja que me quite el abrigo y lo hablamos con calma, te contesté. Es la agenda de mi madre, y es mucha casualidad que justo esa fecha venga equivocada. A lo mejor estoy yendo demasiado lejos, me estoy precipitando. Tendría que haber seguido trabajando en la novela con la que estaba y dejar de hurgar en el pasado, Andrea.

Te escuchaba y no sabía qué decirte, cómo convencerte de que era una simple incorrección en un papel sin valor, solo eso. ¿Tan grave es? Es una chorrada, argumenté. Será una chorrada, pero ha hecho que me plantee si todos mienten, mi hermana, mis tíos, mis primos, si yo misma miento, si el 21 de junio fue lunes y no sábado, como todos creemos, como todos hemos ido convenciéndonos con el paso del tiempo, como todos recordamos. ¿Y es así? ¿El 21 de junio fue lunes?, te pregunté. ¡Pues claro que no!, lo he comprobado en internet y fue sábado, me aclaraste. ¿Entonces?, insistí. Es igual, vamos a dejarlo, por favor, estoy agotada, y la verdad es que no sé si voy a poder seguir con esto, si tendré fuerzas suficientes para afrontarlo, zanjaste, y así se acabó aquella conversación.

Pero seguiste, Candela. Seguiste con esto. ¿Cuándo comenzó esto? ¿Cuándo empezó todo a irse a la mierda?